

Mobilización sin revolución

**El Perú en tiempos
de la Revolución mexicana**

Augusto Ruiz Zevallos

Documento de trabajo



IEP Instituto de Estudios Peruanos

Mobilización sin revolución

**El Perú en tiempos
de la Revolución mexicana**

Augusto Ruiz Zevallos

DOCUMENTO DE TRABAJO N.º 162

© INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS, IEP
Horacio Urteaga 694, Lima 11
Teléfonos 332-6194 / 424-4856
Fax (51-1) 332-6173
Correo-e: <publicaciones@iep.org.pe>
Web: <www.iep.org.pe>

© AUGUSTO RUIZ ZEVALLOS

Libro electrónico de acceso libre disponible en:
<<http://www.iep.org.pe/titulos4.php>>

ISBN: 978-9972-51-318-3

ISSN: 1022-0356 (Documento de Trabajo IEP)

ISSN: 1022-0402 (Serie Historia)

Edición digital del Instituto de Estudios Peruanos
Lima, octubre de 2011

<i>Corrección de textos:</i>	Kerwin Terrones
<i>Portada y maquetación:</i>	Gino Becerra
<i>Cuidado de edición:</i>	Odín del Pozo

RUIZ ZEVALLOS, Augusto

Movilización sin revolución: el Perú en tiempos de la revolución mexicana.
Lima, IEP, 2011. (Doc. de Trabajo, 162. Serie Historia, 29)

MOVILIZACIONES SOCIALES; CAUDILLISMO; HISTORIA; SIGLO
XIX; SIGLO XX; PERÚ; MÉXICO

WD/01.04.03/H/29

En el Perú, los grupos insurgentes se interesaron por entender las revoluciones mucho antes que los académicos; no obstante, lo hicieron para encontrar en ellas modelos para la acción. Las inspiraciones manifiestas fueron la Revolución cubana, especialmente para las guerrillas de 1965, y la Revolución china, para la insurgencia senderista (1980-1992), aunque la experiencia del Frente Sandinista —su estrategia combinada de guerrilla rural y urbana— probablemente tuvo algún impacto en la reorientación que realizó Sendero Luminoso en los años ochenta, es decir, en la aplicación de la “guerra popular en campo y ciudad”. Esto, desde ya, es una primera consideración para justificar su referencia. Pero las revoluciones triunfantes además son importantes porque, a través de la comparación, estableciendo diferencias y concordancias, podemos comenzar a entender por qué en el Perú quedaron trancos los intentos revolucionarios y por qué los procesos no deliberados y sin un ejemplo exitoso no derivaron en una coyuntura potencialmente revolucionaria, como sí ocurrió en otros países.

Un caso sin referentes previos y en cierto modo “no deliberado” lo encontramos en la Revolución mexicana. Hay varias razones que justifican esta afirmación. En primer lugar, esta revolución no resultó de la acción de quienes con más ahínco la buscaban, es decir, los intelectuales y políticos del Partido Liberal. Y, en segundo lugar, porque, cuando en 1910 Francisco Madero hizo un llamado a los pueblos para levantarse en armas por todo el país, lo que Madero y los campesinos entendían por revolución eran cosas muy distintas, así como, en ocasiones, eran distintos los objetivos de estos últimos y de los caciques y caudillos que los lideraban. Madero, como sabemos, estaba interesado en la sucesión presidencial, una transición de la dictadura porfirista hacia formas pluralistas y representativas de gobierno, mientras que los caciques y caudillos estaban, por lo general, ansiosos por los empleos públicos o por cuotas de mayor poder, y, por ello, dispuestos a todo tipo de componendas —al igual que sus antecesores en la posindependencia—. Los campesinos, en cambio, se movilizaban básicamente estimulados por la tierra y la violación de sus derechos. Aunque hubo ocasiones en que realizaron explosivas rebeliones por su cuenta, se apoyaron, por lo general, en aliados que encontraban en los grupos no campesinos, y esos aliados se pusieron al frente de sus reclamaciones en vista de que eran una fuente de poder para vencer a otros competidores, y lograr metas de más largo alcance. A pesar de que en esa alianza hubo momentos y zonas, especialmente en el norte, donde los caudillos actuaron con gran libertad respecto de las bases campesinas, también hubo casos, como el zapatismo, donde fue al contrario. Pese a todo, en ambas

circunstancias, la presencia campesina y popular fue tan importante que marcó el compás de los acontecimientos. En los momentos más dramáticos y violentos de la revolución, entre febrero de 1913 y junio de 1914, en que gobierna el dictador porfirista Victoriano Huerta, la guerra contra este que libraban las fuerzas de Sonora y Coahuila (las fuerzas militares decisivas para la revolución, encabezadas por Villa, Obregón y Carranza) fue una guerra civil, una guerra de sucesión contra el Ejército Federal, muy similar a las que ocurrieron en las primeras décadas republicanas. Pero luego, dada la presencia extraordinaria de campesinos con objetivos propios en las principales ciudades, incluida Ciudad de México (recordemos el famoso encuentro de los ejércitos de Zapata y Villa), los constitucionalistas, con Carranza a la cabeza, añadieron la reforma agraria dentro de su plataforma (Braiding 1985: 21).¹ Sin querer hacer a un lado todos los matices que se produjeron, señalamos que la Revolución mexicana no se podría entender sin esa conjunción feliz de campesinos y caudillos igualmente violentos. En esa conjunción, la dinámica de los campesinos, que tomaron calles, caminos y pueblos, trenes, cuarteles y palacios, se convirtió en una voz que no podía dejar de ser oída a la hora de señalar el curso que deberían tomar los acontecimientos. Aunque en casi todos los países de la región hubo momentos y situaciones en los cuales los campesinos se movilizaron “desde abajo” junto con liderazgos exteriores a quienes el apoyo campesino les caía como anillo al dedo, para entonces solo en México, entre los países latinoamericanos, se registró una movilización campesina de impresionantes dimensiones, a gran escala, durante un periodo relativamente prolongado. Ni siquiera en el Perú (país cuya evolución es vista como similar a la de México) ocurría en la primera mitad del siglo XX algo parecido en magnitud.

Con lo dicho, no desconocemos que, en el Perú, los caciques o caudillos deseosos de poder político o los movimientos rurales en pos de sus derechos fueron significativos. Generalmente pacíficos, en el siglo XIX, los campesinos y los proletarios agrícolas que aparecieron luego comenzaron a responder contra los efectos negativos de la modernización, aunque no siempre con la movilización autónoma. Asimismo el caudillismo y, relacionado con este, el caciquismo fueron fenómenos muy activos en el campo y la ciudad, y, a diferencia de México, donde el caudillismo fue un hecho que reapareció tras la caída del régimen de Porfirio Díaz (1872-1911), en el Perú, había estado vigente desde la Independencia sin interrupción, sin que lo pudiesen extirpar la repartición de prebendas que organizó Ramón Castilla y sucesores durante la bonanza del guano (1840-1869), la centralización y profesionalización del Ejército a finales del siglo XIX, la “hegemonía” de la oligarquía agroexportadora en la “República Aristocrática” (1995-1919), el autoritarismo del Onceanio de Leguía (1919-1930) o la irrupción de las masas populares urbanas en las urnas a partir de 1931. Caudillismo y caciquismo hubo mucho en el Perú y, a veces, más que en otros países de Latinoamérica a tal punto que estos moldearon su política democrática a lo largo del siglo XX y en la actualidad.

1. De la amplísima bibliografía sobre la revolución mexicana, véase también Katz 1982 y Knight 1986.

Sin embargo, casos de caudillos y campesinos violentos ensamblados sobre la base de sus lógicas intrínsecas propias fueron escasos en la historia del Perú, y, en ocasiones, durante largos periodos, casi inexistentes.

Uno de esos periodos va desde la Independencia de 1821 al inicio de la Guerra del Pacífico (1879-1883), y en él las luchas que libraron los caudillos entre sí se desarrollaron en medio de un gran silencio andino, interrumpido solo en contadas ocasiones, como en 1825, por la rebelión de campesinos iquichanos contra la república naciente —aliados a curas, arrieros, comerciantes y españoles derrotados en las batallas de la Independencia—, ocurrida en Huanta y Ayacucho; y, cuarenta años más tarde, por la rebelión de Huancané (1868), un levantamiento indígena local —que se daba dentro de un contexto de guerra entre liberales y conservadores— liderado por el cacique puneño Juan Bustamante, que fue derrotado por el general Andrés Recharte, al mando de una montonera de campesinos clientelizados.² Las rebeliones y manifestaciones autónomas no fueron en general, en esta primera etapa, un fenómeno más extendido que la montonera, la masa clientelizada de indígenas y no indígenas movilizadas para las guerras civiles de caudillos o simples guerras entre caciques locales.³ Un ejemplo lo tenemos en 1868 —en el mismo momento en que Recharte derrota a Bustamante—, cuando Rudecindo Vásquez y un mulato, apodado “Sambambé”, lideraron una partida de varios cientos de hombres para cobrar cupos en las haciendas y capturar la prefectura en el contexto de la guerra civil (Jacobsen y Diez Hurtado : 45-46). Sin embargo, la montonera, a pesar de que se dio con más frecuencia que las huelgas y las rebeliones, fue un fenómeno poco extenso dentro de un inmenso mar de indiferencia campesina que evitaba al máximo involucrarse en esas guerras caudillistas, debido, en parte, a una percepción favorable acerca de su propia situación, a lo que se sumaba el hecho de que los caudillos criollos y mestizos sentían una mezcla de desprecio y desconfianza por la masa indígena y de ahí que no buscaron ganarse al campesinado ofreciéndole derechos; cuando reclutaban indios para la montonera, lo hicieron sobre la “base de amenazas y ofertas de dinero o alimento” (Walker 1999: 267).⁴

En el periodo siguiente (de la Guerra del Pacífico hasta la crisis de 1929), ya no puede hablarse de un gran silencio campesino, porque su participación aumenta en las acciones de protesta y en las movilizaciones basadas en

-
2. Para la rebelión de los iquichanos, véase Méndez 1992 y Husson 1992. Para la rebelión de Huancané, sigue siendo de lectura obligada el libro *La rebelión de Juan Bustamante*, de Emilio Vásquez (1976).
 3. Para las montoneras, véase Walker 1999, donde se expone la participación de “grupos del pueblo”, a través de bandoleros y montoneros, en acciones de apoyo a los liberales durante la posindependencia, para llamar la atención acerca de las diferencias doctrinales con los conservadores. Sin embargo, como el mismo autor afirma, “no se debe exagerar el radicalismo del liberalismo peruano en esa época [...] Los distintos grupos liberales demostraron signos de gran desconfianza en ‘el pueblo’ y la movilización de sectores populares fue efímera, muy localizada y vista como último recurso” (Walker 1999: 114-115).
 4. Walker realiza esta afirmación para los años que están implícitos en el título de su libro. En los años posteriores a 1840, hubo algunas excepciones, como la abolición de la esclavitud decretada por bandos en conflicto, el de Castilla y Echenique, y la supresión del tributo indígena, que fueron derechos concedidos con el fin de ganarse apoyo de sectores subalternos. Con todo, la tendencia a reclutar hombres para la montonera mantuvo las características señaladas.

el clientelismo, como respuesta a una mayor precariedad, y también porque se producen encuentros de caudillos y movimientos campesinos. Las coyunturas de la Guerra del Pacífico y de posguerra desataron una serie de rebeliones campesinas en la zona del Mantaro y Ayacucho, Áncash, el departamento de Piura, Huanta y algunas zonas del sur andino, en las que están involucrados algunos militares. Al comenzar el siglo y en las décadas siguientes, hubo: (1) rebeliones de campesinos aliados con caciques, (2) rebeliones de caudillos y masas clientelizadas, y (3) protesta campesina autónoma sin caciques ni caudillos. En este periodo, promovido por el desarrollo del capitalismo, aparecen una serie de actores modernos, como obreros fabriles en medio de un extenso y a veces conflictivo sector artesanal, trabajadores mineros, petroleros y un amplio proletariado agrícola, y van surgiendo nuevos liderazgos que, al comenzar la década de 1930, fundaron el Partido Aprista, el Partido Comunista y el Partido Socialista. Estos organizaron la movilización de los nuevos sujetos sociales y, en menor medida, del campesinado indígena.

Un tercer periodo —nuevamente de divorcio entre campesinos y caudillos— se inicia a fines de los años veinte y se prolonga hasta 1956.⁵ Es una larga etapa donde el caudillismo es moderno y básicamente urbano, y combina clientelismo con representación democrática a través del sindicato (especialmente el Apra y el Partido Socialista, y, tardíamente, Acción Popular).⁶ Durante la crisis económica de los años treinta, en medio de un nuevo silencio campesino, los sectores populares modernos desarrollaban una protesta intensa, aunque sin el potencial beligerante de las dos primeras décadas del siglo XX. También se producen insurrecciones, que son derrotadas, como la de Trujillo en 1932, donde el campesinado se encuentra prácticamente ausente.

En los tres periodos aquí esbozados (1821-1879, 1880-1929 y 1930-1956), pero sobre todo en los que siguieron a la Guerra del Pacífico, las amalgamas violentas de caudillos con movimientos campesinos no pudieron sostenerse con el tiempo y, en conjunto, fueron menos frecuentes que las movilizaciones autónomas de campesinos espontáneos y en general de sectores subalternos que se desarrollaron por diversas zonas del país. También fueron menores que las movilizaciones clientelistas lideradas por caciques. En ningún caso, se podría decir que hubo alguna coyuntura que se pudiera caracterizar como situación revolucionaria, esto es, una situación en la que dos o más bloques de poder sostienen pretensiones efectivas y antagónicas de control sobre el Estado (cfr. Tilly 1978: 191). Veamos, pues, más de cerca ambos periodos: la movilización conflictiva entre la Guerra del Pacífico, y las insurrecciones de los años treinta que protagoniza el Apra.

-
5. Aunque por breve tiempo, durante la apertura democrática que se dio entre 1945 y 1948, se reactiva el movimiento campesino y se crea la Federación Nacional de Campesinos del Perú (FENCAP) por iniciativa del partido aprista; no hubo la beligerancia del anterior periodo.
 6. El Partido Socialista fue liderado por un caudillo regional, Luciano Castillo, y tuvo influencia en el extremo norte del Perú. Este partido tuvo más éxito que otros en el movimiento campesino, aunque solo en Piura. Sin embargo, desde el inicio, se definió como un partido claramente reformista. En el caso del Partido Aprista, fue, como le dijo Luis Alberto Sánchez al propio Haya de la Torre, el “partido anticauillesco” liderado por un caudillo, “es decir, anticauillesco” (Haya de la Torre y Sánchez 1982: 437). Por otro lado, Acción Popular, fundado en 1956, y su líder Fernando Belaúnde Terry se hicieron a imagen y semejanza del Partido Aprista Peruano (PAP) y de Haya de la Torre.

En la coyuntura que se inició con la invasión del ejército chileno en 1881, a la lógica de la guerra protagonizada básicamente por caudillos militares se sumó una reacción del campesinado, que iba desde simples posiciones defensivas hasta acciones que implicaban una conducta revolucionaria. En el departamento de Piura, la Montonera del Chalaco, convertida desde 1881 en el principal destacamento de las fuerzas nacionalistas piuranas, luchaba contra el ejército invasor y, a la vez, ocupaba la hacienda Morropón para beneficio de pequeños agricultores, colonos, yanaconas y campesinos comuneros cuyas tierras o estaban bajo la amenaza o habían sido ilegalmente enajenadas por los dueños (Jacobsen y Diez Hurtado 2003: 154). Estaba liderada por Vicente García “respetable terrateniente mediano”, Santiago Palacios y Juan Seminario y León, hijo de un gran terrateniente que había optado por la resistencia al Ejército chileno, cuando el 28 de enero de 1883 marchó sobre Piura y la tomó por varias horas, hasta que las fuerzas del prefecto retomaron la ciudad y los aniquilaron. Una gama de motivaciones socioeconómicas, políticas y patrióticas convivían superpuestas en estos acontecimientos. La montonera asaltó y saqueó varias haciendas en los distritos de Ayabaca, Frías y Pacaipampa, pero también planteó el tema de la propiedad de la tierra, en Morropón y especialmente en la toma de Piura, donde los campesinos esperaban el apoyo de las nuevas autoridades en sus conflictos que mantenían con algunos hacendados (Diez Hurtado 1998: 187-188).

En ese año y en los que siguieron, ocurrió, en la sierra central, un fenómeno similar, aunque más importante por la ubicación estratégica del escenario y porque envolvió a campesinos de varias comunidades que se habían organizado en columnas guerrilleras, decisivas para la resistencia al ejército invasor. Aliadas con el general Andrés Avelino Cáceres, las comunidades desarrollaron un proceso de ocupación de haciendas de los terratenientes colaboracionistas, y de control del territorio. Posteriormente, cuando en 1884 —una vez aceptada la derrota por otras fuerzas peruanas— Cáceres decidió poner fin a la resistencia, enfrentar a su rival, el general Iglesias, y tomar las riendas del país, realizó una serie de concesiones, como la incorporación de aldeas locales a la estructura del Estado mediante la creación de los distritos de Acolla y Muquiyauyo, y la atención a las quejas de los campesinos en el sur del valle del Mantaro, y, con ello, logró contar con las fuerzas que le dieron el triunfo sobre el ejército de Iglesias. Sin embargo, no logró desarmar a la guerrilla del lado este del valle, donde las comunidades de Acobamba, Canchapalpa y Comas se consolidaron en el control de la zona, incluidas las haciendas. Todo

parece indicar que, para los objetivos de Cáceres, este frente no representaba un problema urgente. Su aislamiento del resto de comunidades vecinas y su existencia inadvertida para la mayoría de la población indígena, pese a que sus líderes diseñaron “un proyecto nacional alternativo” (Mallon 1990: 235, también Manrique 1987), no la convertía en un actor con una presencia significativa en los dilemas nacionales. Algo parecido se puede decir de la rebelión de Atusparia, iniciada en marzo de 1885, una importante sublevación que involucró a algunos criollos y mestizos y a cinco mil indígenas movilizados en rechazo a la contribución personal restablecida por el ilegítimo gobierno de Iglesias, y a los abusos que cometía el prefecto. Pese a que fue un hecho de gran violencia y sirvió después para dar legitimidad al bando cacerista, a este no le resultaba necesaria para derrotar a Iglesias, debilitado y desprestigiado por su actuación en la Guerra contra Chile. En el mes de diciembre —ya derrotados Atusparia y su lugarteniente Ucchu Pedro—, a Cáceres solo le bastó para ingresar a Lima “3,000 hombres deficientemente vestidos, con ojotas en vez de zapatos, y no todos bien armados ni bien pagados” (Basadre 1983: t. VIII, 408).⁷ Sumado a ello, en el sur andino, que estuvo fuera del teatro de la guerra contra los chilenos, los indígenas no protagonizaron acciones de importancia en contra de los terratenientes. Una serie de revueltas campesinas, sostenidas y difundidas por el país, podrían haber modificado la estrategia de los contendores. Pero la realidad fue distinta y en la medida que uno de los bandos no tenía la posibilidad para convocar a gruesos sectores del campesinado el otro tampoco escatimaba esfuerzos en esa dirección. En otras palabras, ni los militares necesitaron un mayor apoyo campesino para resolver sus disputas, ni la movilización campesina fue suficientemente difundida y consistente como para convertirse en un actor con el cual tuviera que contarse.

Esta situación volvió a repetirse en la coyuntura de 1895, en el contexto de la guerra civil que enfrentó a Cáceres y Piérola —quienes traducen la pugna por el liderazgo entre los terratenientes tradicionales y la oligarquía costeña, respectivamente— (cfr. Manrique 1988). Cuando el segundo avanza sobre Lima al mando de montoneras organizadas por caciques como Durand, de Huánuco, y Seminario, de Piura, el único movimiento rural autónomo se encuentra aislado en el centro y en la mayor parte de la sierra, y el campesinado se mantiene al margen,⁸ sin protagonizar revueltas que irrumpieran en la escena nacional. De ese modo, la oligárquica costeña, la más burguesa de la clase dominante, actuó sin un factor político que la obligase a una radicalidad en su relación con los terratenientes serranos.

7. Sobre la rebelión en Áncash, véase Stein 1988 y Turner 2006: 189-244.

8. Si bien hubo protestas locales como las revueltas antifiscales que ocurrieron en 1887 en Catrovirreyna y en Chiclayo, como un eco de la rebelión de Atusparia, estas se habían apagado sin dejar mayor huella. Lo mismo se podría decir para el caso de Piura, donde, en 1888, en la localidad de Tambillo, 40 indígenas armados de palos y puñales atacaron al recaudador y a sus guardias en respuesta al cobro del tributo. En estos años, el “movimiento campesino” que abunda es el bandolerismo. Un motín rural violento contra “el cura y el juez de primera instancia” tuvo lugar en la provincia de La Mar en 1895, pero este no parece haber tenido ningún impacto en la guerra civil de ese año. Véase Kapsoli 1977: 25-35 y Diez Hurtado 1998: 190.

Por el contrario, la actitud moderada y a veces pasiva del movimiento campesino facilita la solución de Piérola de fortalecer las finanzas del Estado mediante nuevas formas de exacción de la masa campesina, lo cual, a su vez, estimula la movilización indígena, que, a veces, busca la complicidad de los terratenientes. Una de esas medidas fue el impuesto a la sal, que, aparentemente, abría la posibilidad para aglutinar una gran coalición antiestatal. Sin embargo, revueltas y rebeliones campesinas en esta coyuntura no se generalizaron. Los indígenas que tenían salinas a su disposición, para su consumo y para intercambiar la sal con otros productos fueron los más perjudicados y los que realizaron fuertes protestas aunque localizadas. En Maras, a las afueras de la ciudad de Cusco, y en Juli, Puno, se amotinaron los pobladores, y exigieron la abolición del impuesto, mientras que, en Ilave, la masa realizó una asonada en contra de los abusos de los hacendados (Kapsoli 1977: 35, Ruiz de Prado 2005: 242-247). En la provincia de Huanta, ocurrió una respuesta de mayor violencia: la rebelión de un sector social —el campesinado armado desde los tiempos de la resistencia y aún aliado al cacericismo— que sintió la amenaza, en 1896, de un grupo de caciques mestizos sin riqueza, pero deseosos de apropiarse de las tierras de los terratenientes caceristas y sin duda de los mismos indios.⁹ Se trató de una potente rebelión, en la que, si bien sus aliados, los caciques caceristas, se encontraban muy golpeados, los campesinos pusieron en juego sus recursos económicos, normativos y políticos. Sin embargo, este fue un caso excepcional. Un enfrentamiento de gamonales predispuestos al despojo y campesinos armados en alianza con otros caciques no se daría sino hasta la segunda década del siglo XX, con la rebelión de Rumi Maqui.

Pero, entre una y otra rebelión, habían ocurrido cada vez con más frecuencia revueltas campesinas importantes, aunque desincronizadas, por algunos rincones del país. A mediados de 1914, en la provincia de Hualgayoc, Cajamarca, estalló la más sangrienta revuelta campesina realizada en el norte del país, una zona por lo demás tranquila en relación con el sur andino, luego de que unos 3,000 campesinos de la hacienda Llaucán se declararon en huelga de pagos del arriendo, en protesta por el aumento exorbitante decidido por el nuevo conductor, Eleodoro Benel, conocido terrateniente y bandolero, quien la había alquilado para incrementar su poder económico y político mediante el sometimiento clientelar de los agricultores. En el mes de diciembre, una fuerza de 150 soldados fuertemente armados, dirigida por el prefecto, masacró a varios miles de campesinos armados de piedras, porras y cartuchos de dinamita. Al final, el saldo fue la anulación del contrato de alquiler, un soldado y 150 campesinos muertos (Taylor 1993: 58-69).

9. “El 27 de setiembre hacia el mediodía, varios miles de campesinos descendieron por las vertientes del valle y atacaron Huanta [...] Frente a los avances de esta multitud de campesinos armados de hondas, de lanzas y de viejos fusiles, los defensores de la ciudad, aunque estuvieron equipados con un armamento moderno y poderoso, tuvieron primero que replegarse de las puertas de la ciudad, donde se habían apostado primero, para reagruparse en la parte central [...] Una vez más Huanta cayó en manos de los campesinos después de un combate de algunas horas que causó varias muertes y heridos, y provocó el saqueo de varias casas y edificios”. Véase Husson 1992: 135.

En el sur, en el departamento de Puno, en el contexto de expropiación a las comunidades —que corre de forma paralela al *boom* de la exportación de lanas en la zona—, se suceden dos importantes ciclos de revueltas campesinas. El primero comenzó en 1896, y se prolongó hasta 1906, con saqueos a casas de mistis, denuncia ante las autoridades, enfrentamientos violentos, entre otros. El segundo ciclo empezó en 1911 con el saqueo de las haciendas Tucuri y Tayahuati por una turba de 500 indígenas, tomó una pausa en 1913, en que el gobierno populista de Guillermo Billinghurst comisiona al mayor Teodomiro Gutiérrez Cuevas, apodado luego “Rumi Maqui” (mano de piedra), para investigar la matanza de Samán, y se prolonga hasta diciembre de 1915, en que estalla la rebelión de Azángaro, acaudillada por el mismo Rumi Maqui. Este previamente había organizado los aportes económicos de los indígenas para solventar los litigios contra los hacendados y una fuerza armada campesina. Con esos recursos, Gutiérrez Cuevas y unos 200 campesinos tomaron la hacienda de Alejandro Choquehuanca y otras dos haciendas de Bernardino Arias Echenique, poderoso gamonal de Puno, cuyo contingente era más numeroso (500 campesinos) y mejor armado, por lo cual le infligieron una rápida derrota.

Las relaciones entre caciques y masas clientelizadas fue un fenómeno muy importante y de mayores dimensiones respecto del periodo previo y, en ocasiones, como nos muestra el desenlace de la rebelión de Azángaro, de la movilización autónoma, lo que nos lleva a ver el fenómeno del clientelismo como una de las opciones que el campesinado asumió ante el incremento de la precariedad económica, como una elección racional, aunque algunas veces estructuralmente inducida, que fue la base para que los caciques locales, ya desde antes, pudieran armar verdaderos ejércitos, como el del hacendado José María Lizares, quien se autodesignó comandante de los campesinos de la parcialidad de Añaypampa, en Puno. A fines del siglo XIX, Lizares se propuso concentrar tierras por medio del uso de la fuerza: “usurpaba a cuantos podía, indios o mistis, apoyándose en un ejército de 400 indios al mando de sus mayordomos. Sus huestes lucían trajes militares” (Burga y Flores-Galindo 1980: 108). En Piura, durante “la época de las montoneras” de finales del siglo XIX, no solo hay guerrillas de campesinos rebeldes, sino también “bandas armadas de hombres, generalmente a caballo” que luchan “ya sea para sus proyectos propios, ya sea a favor de caudillos locales o regionales, o por causas partidistas nacionales” (Jacobzen y Diez Hurtado 2003: 138).

Sin embargo, no eran elecciones inamovibles. Optar por someterse a un cacique o por el camino autónomo dependía, entre otras cosas, de lo que, en lo que respecta a la sociología, se ha llamado la “Estructura de Oportunidad Política”,¹⁰ y esto se aprecia claramente en la sucesión de dos importantes fenómenos de movilización rural ocurridos en la década de 1920: un ciclo de

10. Aunque este enfoque ha pasado por una serie de desarrollos (entre otros por Sydney Terrow y Doug McAdam), aquí nos remitimos a la idea original de Tilly, que enfoca las acciones colectivas en relación con el marco político en el que se producen y, en especial, con la mayor o menor represión que se ejerce sobre el mismo. Véase Tilly 1978: 100-125.

protestas en el sur andino (1920-1923) y una rebelión encabezada por Benel con campesinos clientelizados (1924-1927), que coinciden con dos periodos sucesivos del gobierno de Leguía: uno de cierta apertura hacia el tema indígena y de alianza con sectores democráticos (1919-1923) y otro de autoritarismo y anti campesino (1923-1930). En la primera, que ocurrió en los departamentos de Ayacucho, Cusco y Puno principalmente, la opción clientelar estuvo ausente, pero, en ella, los aliados no fueron caudillos ni caciques locales, sino más bien intelectuales indios o aindiados (los miembros del Comité Tawantinsuyo) e indigenistas liberales, quienes en todo momento trataron de orientar a los campesinos para que estos dieran un curso legal a sus reclamos. Los líderes eran campesinos de cada zona, quechua-hablantes, aimara-hablantes y, algunas veces, eran bilingües que hablaban castellano y algún idioma indígena.¹¹ Varios historiadores la han llamado “La Gran Sublevación del Sur”, pero, aunque hubo intenso conflicto entre los campesinos y los terratenientes, no se puede decir que hubo rebelión como denunciaban los gamonales para justificar la represión, y desmintieron los dirigentes indios ante los juzgados, en los diarios y a través de memoriales que dirigían a las autoridades, especialmente del Gobierno de Leguía, en el cual solían encontrar apoyo.¹² Los conflictos ocurrieron casi simultáneamente a pesar de que variaban las motivaciones. A veces por una disputa de límites entre las comunidades y las haciendas, otras por cuestiones laborales (abusos del gamonal) o por la apropiación del ganado. No solo son protagonistas los campesinos comuneros, sino también los colonos de las haciendas, a quienes los hacendados les compraban la lana compulsivamente y a precios caprichosos. Con la revuelta, los colonos decidieron vender directamente las lanas a los rescatistas de las casas comerciales posados en las estaciones del ferrocarril. En otras palabras, los campesinos eran favorables al comercio libre de este producto. Pero, en conjunto, eran revueltas campesinas que tuvieron liderazgos múltiples y localizados, surgidos del mundo indígena. Violenta unas veces, pero sin convertirse en una rebelión armada, esta movilización llega a su fin cuando Leguía les da la espalda a sus aliados liberales y demócratas, y avanzó contra el movimiento campesino.

En la segunda movilización, sí hubo caciques y caudillos al mando de campesinos clientelizados. Esta rebelión, que empezó a mediados de 1924 en Cajamarca, cuando los conflictos en el sur andino se apagaron definitivamente, tenía como fuerza principal una masa de campesinos cooptados por Eleodoro Benel, quien, juntamente con el general Óscar R. Benavides y el hacendado Arturo Osoreo —ex ministro de Leguía y ahora opositor—, planeó una marcha sobre Trujillo, que sería acompañada por pronunciamientos militares de las principales cuarteles del país. Los planes no resultaron conforme a lo pensado, pero la rebelión de Benel pudo resistir las incursiones del ejército

11. Esto explica el hecho de que, en muchas oportunidades, a la vez que iban a la acción directa, presentaban escritos a los juzgados. Véase Escalante y Valderrama 1981: 15.

12. Véase el excelente trabajo “Indigenistas liberales frente al Comité Tawantinsuyo” en Cadena 2004.

enviado por Leguía durante varios años, porque logró despertar el “fervor revolucionario” en ciudades como Chota, donde artesanos, comerciantes, trabajadores manuales y abogados se sumaron a esta como milicianos. En ese lugar, la montonera llegó a más de 400 hombres, algunos armados con ametralladoras. Varios enfrentamientos se produjeron hasta noviembre de ese año, cuando los rebeldes fueron derrotados en la batalla de Churucancha. Benel reagrupó sus fuerzas y continuó la rebelión, produjo bajas en el Ejército, que respondió con un incremento del número de la tropa y con la realización de ejecuciones indiscriminadas de campesinos. El 6 de julio de 1925, 200 benelistas emboscaron y dieron muerte a más de 100 soldados y se apoderaron de munición y ametralladoras. El Ejército volvió a reprimir y aterrorizar a la población campesina, sobre todo en 1927, hasta que esta “dejó de apoyar activamente a los benelistas” y la rebelión fue finalmente sofocada (Taylor 1993: 93-127). A pesar de que el caudillo era un bandido con intereses puramente personales, las masas campesinas y otros sectores que participaron tenían puestas las expectativas en un resultado favorable del enfrentamiento con el Estado central, aunque probablemente lo que podían esperar era más en el ámbito de la prebenda personal que de los derechos, lo que es característico de las relaciones clientelares.

En el mundo urbano y en las zonas rurales modernas como las haciendas azucareras y algodoneras de la costa, los trabajadores tuvieron un repertorio de respuestas que, al igual que en la sierra, incluían el clientelismo y la protesta. Las sociedades mutualistas reforzaban la tendencia al clientelismo, aunque, en momentos decisivos, apoyaron movilizaciones como la que condujo a Guillermo Billinghurst a un gobierno claramente enfrentado a la oligarquía y la lucha por el abaratamiento de las subsistencias. Los anarquistas, por el contrario, favorecieron en todo momento el enfrentamiento de clases y buscaron la revolución. Al margen de estas influencias, se desarrollaron *luchas reactivas* —en defensa de derechos violados por los grupos dominantes, mediante el alza de precios, la introducción de máquinas o la desprotección del mercado de trabajo (Ruiz Zevallos 2001: 104-121)— y *luchas proactivas* (en favor de nuevos derechos, como la jornada de ocho horas, el aumento de salarios, entre otros).¹³ Muchas de estas protestas fueron de una violencia algunas veces similar a la que se registró en las rebeliones campesinas. Sin contar al minoritario proletariado fabril —el cual, en un inicio, también empleaba métodos violentos—, el artesanado y los jornaleros urbanos habían protagonizado en la ciudad de Lima importantes revueltas contra la falta de empleo y el alza de los precios en 1909 y en 1919. Por otro lado, motines violentos en las plantaciones azucareras contra el recargo de tareas y otros abusos de los hacendados se registraron con cierta frecuencia a partir de 1910 en el norte del Perú. En abril de 1912, unos 150 hombres murieron como consecuencia de una huelga de 5.000 braceros, en la que incendiaron cuarteles de caña a lo largo del valle y destruyeron las bodegas: “todo el valle de Chicama estuvo en

13. Para los conceptos de ‘conflictos reactivos’ y ‘pro activos’, véase Tilly 1978: 143-156.

llamas” (Klarén 1976: 86-88). En algunos de estos disturbios, los subalternos no solo lograron soluciones de los patrones, sino también políticas que los favorecerían, sobre todo en Lima, donde los trabajadores, por estar cerca del poder central, tenían más capacidad de actuación sobre la escena que los movimientos campesinos aislados. Sin embargo, lo que obtuvieron era poco en relación con los costos sufridos (para no hablar de las expectativas en términos revolucionarios). Por su parte, los caudillos y algunas organizaciones —sean o no revolucionarios— podían encontrar, al igual que en México, recursos políticos para sus propios fines, como en efecto lo hicieron, entre otros, Pardo en 1872, con los artesanos que deseaban una política proteccionista; los anarquistas en 1917 y 1921, con los braceros del valle de Chicama; V. R. Haya de la Torre en 1923, con trabajadores y estudiantes durante la lucha por la libertad de conciencia; Búfalo Barreto, Alfredo Tello y Cucho Haya en 1932, con los pequeños comerciantes, desempleados y jornaleros agrícolas en la célebre Revolución de Trujillo (Giesecke 2010: 249-359).

La insurrección de Trujillo fue el punto más alto de los ímpetus revolucionarios de la época. A pesar de que en número de unidades de tiempo y de acciones no supera a la rebelión que encabezó Benel, este episodio es considerado como la insurrección más importante ocurrida en el Perú en la primera mitad del siglo XX, por el hecho de que su aplastamiento significó una masacre “ejemplificadora” de trabajadores, la persecución de todo un movimiento democrático de dimensiones nacionales (el PAP) y el alineamiento del Ejército con la oligarquía. Los líderes de Trujillo conocieron su fracaso definitivo cuando se internaron en la sierra, y encontraron campesinos indiferentes a sus planes. En los dos años siguientes, tuvieron lugar varias conspiraciones militares que fueron abortadas y una rebelión popular en Huanta (noviembre de 1934), coordinadas por una dirigencia aprista ya resignada a los pronunciamientos militares como factor del triunfo. Aunque en las dirigencias locales del partido aprista se hizo evidente la necesidad de la alianza con los campesinos,¹⁴ en la rebelión de Huanta su participación es mínima o inexistente. Los de Trujillo y Huanta fueron fracasos revolucionarios que evidenciaron de manera contundente el divorcio de campesinos y caudillos. Una vez más, este divorcio se presentaba como el nudo gordiano para los revolucionarios.

Para resumir, desde los tiempos de la resistencia en la Guerra del Pacífico, hubo grandes combates, gran movilización e importante lucha caciquil y caudillista. Algunas de las rebeliones —especialmente la insurrección de Trujillo— representaron fuertes desafíos para el Gobierno, pero no lograron poner en jaque a los grupos que tenían el control del Estado, es decir, no se

14. Según Patricia Heilman, a diferencia de Lauricocha, provincia de Huanta, donde el Apra se apoyó básicamente en hacendados y profesores motivados por la exclusión regional, en el distrito de Carhuana, provincia de Cangallo, el aprismo desarrolló una política favorable a la defensa de las tierras de los campesinos. Lo cierto es que el peso decisivo de la toma de la ciudad durante cuatro días estuvo, como lo señalaron Glave y Urrutia, en los sectores medios que integraban el partido aprista. Además, hay evidencia de indígenas que denunciaron, luego de la rebelión, la existencia de “gran número” de fusiles y elementos apristas en el distrito de Santillana. Véase Misaray 2007: 30.

llegó a producir una situación revolucionaria. Para que esto ocurriera, era necesario que se generalizaran, al menos por amplias zonas del país, una serie de revueltas y rebeliones que involucraran a los campesinos de las comunidades y de las haciendas, que eran la inmensa mayoría (cerca del 70%) de la población peruana de entonces. Las revueltas y rebeliones fueron, además de locales en la mayoría de los casos, discordantes entre sí. La sierra central en conflicto campesino y el sur andino tranquilo durante la guerra y la posguerra son una clara muestra para fines del siglo XIX; Cajamarca (1914) y Puno (1915) son otro ejemplo para el nuevo siglo. Cuando rebasaron los marcos distritales, en algunas, hubo presencia de caudillos (Cajamarca 1924-1927); en otras, no hay rastro de ellos (sur andino 1920-1924). También hay discordancia entre el campo y la ciudad. En 1909 y 1932, las zonas modernas, Lima en el primer caso, y Trujillo en el segundo, son escenario de grandes conmociones producidas en contextos de crisis económica mundial, pero, en ambas fechas, el campesinado se mantuvo al margen de la escena conflictiva.

¿Por qué no ocurrió una revolución en el Perú?, o, para decirlo con palabras del historiador Flores-Galindo, ¿por qué los campesinos no han entrado a Lima como sí han entrado a México y tomaron el poder?

No, principalmente, como consecuencia de la rivalidad enraizada en el periodo prehispánico entre las comunidades indígenas, junto con el enfrentamiento entre comunidades y colonos y la existencia de un amplio mestizaje,¹⁵ ya que esa historia no impidió que, a fines de los años cincuenta y principios de los sesenta, las comunidades “abandonaran las tradicionales rivalidades parroquiales que las mantenían dispersas y atomizadas” (cfr. Quijano 1979: 132) y se organizaran en federaciones, por centro, sur y norte el país, para ocupar las tierras que los hacendados les habían expropiado, y evitaran al máximo el derramamiento de sangre. Además, el mestizaje ha sido más bien un activo en favor de la revolución, como lo muestra el caso mexicano, y, en general, un activo para la movilización, como lo muestra el caso señalado, con la presencia creciente de un grupo mestizo que contribuyó a expandirla.¹⁶

En general, la argumentación que ponía el énfasis en un “aspecto subjetivo” daba por hecho —un supuesto común a casi toda la historiografía sobre los movimientos campesinos— que las condiciones estructurales para una revolución se ubicaban en el aparato productivo y específicamente en las relaciones de producción. Pero, de acuerdo con la experiencia histórica, resulta difícil considerar que la existencia de campesinos explotados y a veces dominados feudalmente por los terratenientes —como en el caso de los colonos de hacienda— inevitablemente plantea la necesidad de una revuelta o de una revolución, sin considerar el grado de insatisfacción de los campesinos, su evaluación de la estructura de oportunidad política, o el mantenimiento o cambio de valores.

Para entender el grado de insatisfacción relativa, habría que considerar que, en esos tiempos, al igual que en otras realidades en tránsito de lo tradicional a lo moderno, el conflicto social predominante era el conflicto de carácter reactivo, es decir, con reclamos surgidos a partir de la violación de

15. Hechos destacados por Flores-Galindo (1988: 172-173).

16. Se trató de un nuevo tipo de mestizo, al que Quijano identificó como grupo cholo, que, juntamente con el grupo criollo —yanaconas o jornaleros agrícolas— comparte, en los congresos, la dirigencia del movimiento, y, sobre la base de la cultura indígena, incorpora elementos culturales de la tradición occidental para elaborar y difundir una nueva interpretación de la realidad del campesinado y nuevas formas de organización. Véase Quijano 1979: 135-141.

algún derecho establecido de manera legal o por la costumbre. El conflicto de tipo proactivo aún no era dominante, lo que revela un fuerte apego al modo tradicional de funcionamiento de la vida económica y social. En otras palabras, en la medida que eran pocos los trabajadores que habían cambiado de manera drástica su nivel de expectativas, la mayoría de la población experimentaba descontento en una proporción directa a la existencia de factores que implicaban agresiones o amenazas a su statu quo. De ese modo, para que ocurriera una movilización, era básico, en principio, que los subalternos experimentaran una “privación relativa” (en términos de Gurr), es decir, una percepción de que hay una discrepancia entre lo que se recibe y lo que se acostumbra recibir, o (en términos de “economía moral”, de Thompson) una situación injusta porque se ha violado una costumbre (cfr. Thompson 1974).¹⁷ Algunas de esas violaciones tuvieron que ver con el aumento de tareas o el incumplimiento del pago en las azucareras de la costa norte, además del abuso de los gamonales con los siervos de sus haciendas, el recargo en la renta a los arrendatarios o la imposición de nuevos impuestos por el Estado, así como con el alza del costo de las subsistencias, la “competencia desleal” en el mercado de trabajo, el desplazamiento de cultivos alimenticios por la caña de azúcar y el algodón, o la introducción de máquinas que arruinaban a ciertos artesanos; en otras palabras, con innovaciones introducidas en la vida de los trabajadores.

Una de esas agresiones —la que más podía exacerbar al campesino— fue el despojo de la tierra, por supuesto. Sin embargo, este no se acercó, en el Perú, a las escalas que se registraron en México. Aunque en la mayoría de países de América Latina la expansión del capitalismo en el sector agrícola fue un elemento primordial del modelo de desarrollo hacia afuera que se impulsaba —a través de inmensas unidades productivas, a veces tan grandes como provincias o departamentos—, el impacto que esa expansión produjo en el campesinado no fue el mismo. Ni Argentina ni Brasil tuvieron que despojar masivamente a un campesinado grande, porque tal campesinado, a diferencia de Perú y Bolivia, sencillamente no existió. La expropiación en México, como nos muestra Alan Knight, fue de una escala y un impacto sobre el campesinado inmensamente superior: “podríamos decir que el México porfiriano experimentó un proceso de tipo ‘argentino’ o ‘brasileño’ de comercialización agraria, que afectó a un campesinado ‘peruano’ o ‘boliviano’” (1986: 17).

En el Perú, las haciendas azucareras de la costa, sobre todo en el norte, expropiaron a una clase media de propietarios locales, y atraieron, como en las haciendas algodonerías de la costa sur, trabajadores enganchados y migrantes de la sierra sin que fuera necesario expropiar sus tierras en las alturas; y, si bien es cierto que las haciendas de la sierra sur crecieron a costa de los terrenos comunales al compás de la demanda de la lana en el mercado internacional, tal avance no impidió que las comunidades siguieran siendo las mayores propietarias de las tierras.

17. Como dice Gurr, en términos que podrían ser compatibles con la idea de Thompson de que la protesta está basada en un modelo conocido acerca de cómo funcionan las cosas, “los hombres sienten privación con relación a lo que ellos han aprendido a valorar y hacer” (1974: 36-37).

Esto tuvo implicancias incluso en momentos cruciales como las crisis internacionales de 1907 y de 1929. Mientras que, en México, la crisis de 1907 y la consiguiente recesión afectaron a una masa de trabajadores urbanos, mineros y rurales dependientes exclusivamente del auge inducido por el capital y el mercado internacional,¹⁸ en el Perú, no afectaron de la misma forma, pues ese tipo de trabajador dependiente de la inversión y del sector exportador se encontraba fundamentalmente en la ciudad de Lima —donde, en mayo de 1909, en el contexto de esa crisis, protagoniza violentos disturbios— (Ruiz Zevallós 2001: 103-121), aunque siempre fue en una proporción menor que la de México, debido a la menor dependencia de la economía peruana, y esto es válido igualmente para el impacto de la crisis de 1929. En Lima de comienzos de los años treinta, no se encuentran ejércitos de desocupados (Derpich, Huiza e Israel 1985: 79).

Los sectores rurales también pueden soportar ambas crisis. Aunque, a partir de 1908, sienten el impacto de la recesión mundial, con la disminución de la compra de lana que se prolonga hasta 1913 (Burga y Reátegui 1981: 204-205), los campesinos pueden encontrar refugio en su tradicional subsistencia, como ocurrió, por ejemplo, en el sur andino. La misma circunstancia ayuda a entender el desenlace sociopolítico de la crisis de 1929 y hasta cierto punto la insurrección de Trujillo. En la medida que un despojo inmenso no ocurrió, muchos jornaleros, al iniciarse la recesión, podían retornar a las tierras altas.¹⁹ A veces no necesitaron retornar, pues, ante la disminución de la producción de azúcar, empresas como Casa Grande decidieron invertir en el cultivo del arroz. De esa manera, décadas después, cuando se rememoraba la crisis de los treinta, muchos migrantes cajamarquinos recordaban la Gran Depresión “solo como el periodo en que trabajaron en las haciendas arroceras y no en Casa Grande” (Deere 1992: 65). Una menor penetración del capitalismo monopolístico hacía del Perú un país menos vulnerable a las crisis internacionales, y, con ello, eran menores las dimensiones de la insatisfacción. Ahora bien, que existiera insatisfacción relativa no implica necesariamente el desencadenamiento de la violencia. Eso dependía de otros factores y de su evaluación por parte de los subalternos.

Uno de esos factores es la ubicación del país dentro del sistema de Estados, que, en el caso del Perú, conspiraba contra las tendencias insurreccionales. Durante los más de tres decenios de dictadura porfirista, México evitó por fuerza mantener un ejército poderoso para no provocar la desconfianza

-
18. Además, un 77% de los capitales invertidos hacia 1910 en la industria y principalmente en la minería y la agricultura eran de origen extranjero, fundamentalmente norteamericanos. Véase Gilly 1978: 23. Con la crisis internacional, la recesión y la inflación interna se vieron agravadas por el retorno al país de miles de trabajadores que habían sido despedidos en los Estados Unidos. Véase Katz 1994. Sobre la crisis de 1907 y su impacto en la economía mexicana, véase también Braiding 1985: 18-19.
19. “Los lazos que lograron mantener con la tierra los protegieron en parte de la crisis de 1929 [...] los más golpeados por la crisis capitalista de 1929, y más involucrados en las protestas nacionales fueron los pobladores de Chocope, Ascope y Paiján en el área de Trujillo. Después de haber sido pequeños y medianos propietarios, ahora se habían quedado sin tierras”. Véase Giesecke 2010: 10-11.

de los Estados Unidos,²⁰ enérgico vecino con el cual tuvo siempre una complicada relación tras la guerra que los enfrentó. El Perú, que mantenía una tensa paz con Chile, luego de la Guerra del Pacífico, había reorganizado sus fuerzas armadas, y constantemente equipaba sus instituciones. En la rebelión de Huanta de 1896, una vez que los campesinos se retiraron de la ciudad, el Gobierno envió una “división pacificadora”, que contaba con 800 soldados de infantería “armados con un nuevo fusil, el Mannlicher, soldados de caballería, e incluso dos piezas de artillería de campaña Krupp”, una dotación más que suficiente para derrotar a los indígenas (Husson 1992: 138). En 1912 los motines de los trabajadores cañeros en La Libertad fueron sofocados por la acción de 300 soldados que desembarcaron en el puerto de Salaverry con ese fin (Klarén 1976: 87). En el motín, por las subsistencias de mayo de 1919, el ejército tuvo que intervenir, y causó la mayor parte de los 400 muertos que dejó esa revuelta. De 1925 a 1927, ante las ventajas que tenían las fuerzas de Benel en el dominio de la geografía, el Estado empleó aviones de reconocimiento, además de incrementar la tropa y dotarla de armamento de última generación.²¹ Finalmente, en la insurrección de Trujillo de 1932, el Ejército movilizó cerca de 800 soldados: “La Marina proporcionó el buque de guerra Grau y dos submarinos, en tanto que la Fuerza Aérea prestó los aviones que efectuaron los vuelos de reconocimiento y bombardeo en la fase final y decisiva de la ofensiva” (cfr. Giesecke 2010: 283). En todas las circunstancias señaladas, a diferencia de México, el Estado demostró tener, de lejos, recursos coactivos suficientes para hacer frente a la insurgencia.²²

Relacionado con lo anterior, es necesario observar que la tendencia de los subalternos, acentuada al iniciarse la tercera década del siglo XX, fue principalmente evitar el empleo de la violencia. En el caso de los campesinos, la tendencia era más antigua, y, hacia 1900, solían ejercer una resistencia cotidiana, en la que combinaban reclamos legales con desobediencia a la autoridad, y, cuando se vieron envueltos en acciones de violencia, esta fue casi siempre originada por los hacendados. En lugar de actuar impulsiva o irracionalmente, calculaban los costos y los beneficios de cada movimiento. Cuando realizaron rebeliones como respuesta a una agresión o una amenaza, sabían

-
20. Los porfiristas evitaron modernizar el ejército por dos razones entrelazadas: una era el temor a que ello estimulase posibles rebeliones en militares, como había ocurrido antes, lo que haría que Estados Unidos viera sus inversiones en peligro; y la otra era que Estados Unidos viera con temor esa modernización por el posible compromiso de México con potencias Europeas. De hecho, cuando en 1914, ante la ofensiva de Villa, Carranza y Obregón desde el norte y de Zapata desde Morelos, el Gobierno de Huerta, al mando del Ejército Federal, se ve en la necesidad de comprar armas y municiones europeas y los Estados Unidos capturan el puerto de Veracruz para ejecutar el bloqueo, aunque el móvil fue otro: la lealtad de los futuros gobernantes. A esto se agrega la facilidad de los insurgentes para conseguir armarse —envidiable para cualquier rebelde sudamericano—, especialmente en la zona fronteriza con Estados Unidos. Véase Katz 1982: 39, 47 y 48.
21. Véase testimonio del teniente en Matos 1968.
22. El caso mexicano confirma, en líneas generales, las tesis de Skockpol sobre la revolución como resultado de la debilidad del Estado para afrontar las presiones internacionales y sobre todo la conflictividad interna mediante una política de contención violenta, aunque, en este caso, la raíz para tal debilidad no estaría en la baja productividad de la economía sobre la cual se asienta. Véase Skockpol 1984.

hasta dónde podían llegar, sobre todo si no contaban con recursos políticos a su favor. No de otra manera podemos entender el hecho de que los campesinos de Huanta (1896) decidieran detener la rebelión luego de la aplastante ofensiva del Ejército y de comprobar su aislamiento. Así también se puede ver que, tras la rebelión de Rumi Maqui y la dura represión sufrida, el ciclo de protestas en el sur andino, iniciado en 1920, lejos de convertirse en una rebelión armada o de proponer una ruptura con el orden republicano (mediante la “vuelta al incanato”, el “odio al blanco” que la prensa gamonal le atribuyó para provocar la represión), trató, por el contrario, de construir, racionalmente, espacios de consenso con el Estado y sus autoridades, para ventilar sus diferencias con los hacendados.²³ La llamada Gran Sublevación del Sur fue, en buena cuenta, una respuesta racional del campesinado del sur andino a una *oportunidad política* abierta con el discurso indigenista de la primera fase del gobierno de Leguía. También lo fue su repliegue a partir de 1924. No solo evaluaban la oportunidad política, sino también (algo relacionado a esta) el manejo de recursos militares. No es de extrañar que la mayoría de rebeliones que se producen desde 1880 se localicen en zonas de mayor circulación de material bélico, allí donde la Guerra del Pacífico abrió sus escenarios: Ayacucho, Junín, Áncash y Piura (esta última favorecida por ser zona de frontera y de tráfico de armas).

En el caso de los sectores subalternos que aparecieron con la modernización o sufrieron con su impacto (como los artesanos), observamos que, conforme avanzaba el nuevo siglo, se registraban una mayor adaptación y un manejo más racional de los conflictos y la propia condición moderna tanto en las urbes como en las plantaciones de la costa. Así, por ejemplo, conforme van incrementándose los trabajadores que migran de la sierra por cuenta propia y no por medio del enganche,²⁴ y conforme los antiguamente enganchados se reinstalan voluntariamente y procesan su experiencia, la lucha racional fue ganando más terreno en las conciencias, tomando el sitio de las respuestas impulsivas, típicas de los sujetos sociales en proceso de constitución o a los que, por falta de experiencias (como los enganchados violentos de 1912), les es imposible disponer de una memoria que contemple las posibles respuestas de los patrones y del Estado. Eso explica porqué en las ciudades y en las haciendas azucareras, que habían exhibido altos niveles de combatividad, la protesta decayó en violencia en la década de 1920, en la misma década en que Haya y Mariátegui —y quienes con ellos iban a formar el PAP y el PCP— hablaban y se preparaban para una gran revolución. En efecto, la asonada del 23 de mayo de 1923, pese a su importancia, fue una revuelta menor en grado de violencia y destrucción en comparación con la que se había producido en Lima en mayo de 1919. En la costa norte, esta tendencia fue más clara. En el valle Chicama, las huelgas de 1921 y posteriores fueron, con todo, menos violentas que las de 1917 y, sobre todo, que las de 1912. En ambos espacios, los estallidos violentos

23. Incluso en alianza con el gobierno de Leguía, como nos muestra De la Cadena.

24. Como señala Carmen Deere, en la década de 1920, “un número creciente de campesinos migró voluntariamente, sin adelantos, atraídos por la diferencia entre los salarios de la costa y de la sierra, cuya relación era de siete a uno”. Véase Deere 1992: 61.

“espontáneos” fueron dejando el paso a una lucha más estratégica,²⁵ como resultado de haber incorporado demandas proactivas, pero, sobre todo, como resultado de un conocimiento de las jugadas de sus enemigos y de las consecuencias que podía tener la adopción de una conducta violenta, lo que no quiere decir que hubo un avance lineal ni uniforme de esa conciencia en todos los sectores populares, especialmente en los más ideologizados. Sin embargo, este último hecho, lejos de producir una revolución, fue un factor para terribles desencuentros y derrota de los subalternos (prefigurando de ese modo lo que va a ocurrir décadas después con la insurgencia senderista). Cuando al calor de la crisis económica en 1931 el Partido Comunista trató de encauzar el movimiento sindical con la táctica de “clase contra clase”, solo cosechó la represión y, sobre todo, un creciente aislamiento; y, cuando al año siguiente, en Trujillo, Búfalo Barreto, Alfredo Tello y Cucho Haya acaudillaron la insurrección, rápidamente fueron aplastados por la falta de armamento y, sobre todo, de un mayor apoyo popular. El saldo fue cercano al medio millar de fusilados en Chan Chan, muchos de ellos inocentes, y otro tanto de víctimas en los enfrentamientos. Al no poder contar con masas insurrectas, sobre todo campesinas, y al cerrarse el sistema político, la conspiración en las alturas que impulsaba la dirigencia aprista fue una salida recurrente durante los años treinta. Para fines de esa década, el realismo en relación con las escasas posibilidades para una insurrección de masas, como en México —realismo que, en el caso de Haya de la Torre, era la base para su elección de la vía conspirativa—, fue tomando carta de ciudadanía entre los escalones radicales en el interior del Apra y del Partido Comunista. De ese modo, la revolución se difuminó en el horizonte, y se dio inicio a una difícil y paciente lucha reformista. Tuvieron que pasar más de 20 años y ocurrir un nuevo triunfo insurgente en América Latina, la revolución cubana, para que nuevas generaciones, en los años sesenta, se planteen el tema de la vía revolucionaria.

25. Véase el testimonio del obrero en Díaz Ahumada 1977.

Bibliografía

BALBY, Carmen Rosa

1980 *El Partido Comunista y el Apra en la crisis revolucionaria de los años treinta*. Lima: Herrera Editores.

BASADRE, Jorge

1983 *Historia de la República del Perú 1822-1933*. Lima: Universitaria

BRAIDING, David (comp.)

1985 “La política nacional y la tradición populista”. En Braiding, D., *Caudillos y campesinos en la Revolución mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica.

BURGA, Manuel y Wilson REÁTEGUI

1981 *Lanas y capital mercantil mercantil en el sur. La Casa Ricketts, 1895-1935*. Lima: IEP.

BURGA, Manuel y Alberto FLORES-GALINDO

1980 *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Lima: Rikchay Perú.

CADENA, Marisol de la

2004 “Indigenistas liberales frente al Comité Tawantinsuyo”. En *Indígenas mestizos. Raza y cultura en el Cusco*. Lima: IEP.

DEERE, Carmen

1992 *Familia y relaciones de clase. El campesinado y los terratenientes en la sierra del Perú, 1900-1980*. Lima: IEP.

DERPICH, Wilma, Luis HUIZA y Cecilia ISRAEL

1985 *Lima, años 30. Salarios y costo de vida de la clase trabajadora*. Lima: Fundación Friedrich Ebert.

DÍAZ AHUMADA, Joaquín

1977 *Luchas sindicales en el valle de Chicama*. Trujillo: Librería Star, 2.^a ed.

DIEZ HURTADO, Alejandro

1998 *Comunes y haciendas. Procesos de comunalización en la sierra de Piura (siglos XVIII al XX)*, Piura-Cusco: CIPCA-CBC.

ESCALANTE, Carmen y Ricardo VALDERRAMA

1981 *Levantamientos indígenas en Huaquira y Quiñota (1922-1924)*. Lima: UNMSM.

FLORES-GALINDO, Alberto

1988 *Tiempo de plagas*. Lima: Ediciones El Caballo Rojo.

GIESECKE, Margarita

2010 *La insurrección de Trujillo. Jueves 7 de julio de 1932*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

- GILLY, Adolfo
1978 *1980: La revolución interrumpida*. México: El Caballito.
- GURR, Ted
1974 *Why men rebel*. New Jersey: Princenton University Press.
- HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl y Luis Alberto SÁNCHEZ
1982 *Correspondencia, 1924-1976*. Lima: Mosca Azul Editores.
- HEILMAN, Patricia
2006 “We will no longer be serville: aprismo in 1930s Ayacucho”. En *Journal of Latin American Studies*, 38. Cambridge.
- HUSSON, Patric
1992 *De la guerra a la rebelión. Huanta, siglo XIX*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas.
- JACOBSEN, Nils y Alejandro DIEZ HURTADO
2003 “De Sambambé a la ‘Comuna del Chalaco’. La multivocalidad de montoneros piuranos durante el tardío siglo XIX”. En *Revista Andina*, 37, agosto.
- KAPSOLI, Wilfredo
1977 *Los movimientos campesinos en el Perú, 1879-1965*. Lima: Delva Editores.
- KATZ, Friedrich
1982 *La guerra secreta en México. 1. Europa, Estados Unidos y la Revolución mexicana*. México: Ediciones Era.
1994 “The liberal republic and the Porfiriato”. En Leslie Bethell (Ed.), *Mexico since independence*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KLARÉN, Peter
1976 *La formación de las haciendas azucareras y los orígenes del Apra*. Lima: IEP, 2.^a ed.
- KNIGHT, Alan
1986 *La Revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*. 2 vols. México: Editorial Grijalbo.
2005 *Revolución, democracia y populismo en América Latina*. Santiago de Chile: Centros de Estudios Bicentenario.
- MALLON, Florencia
1990 “Coaliciones nacionalistas y antiestatales en la Guerra del Pacífico”. En Stern, Steve, *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes*. Lima: IEP.
- MANRIQUE, Nelson
1987 *Mercado interno y región. La sierra central, 1820-1930*. Lima: DESCO.
1988 *Yawarmayu. Sociedades terratenientes serranas, 1879-1910*. Lima: IFEA-DESCO.
- MATOS, Genaro
1968 *Operaciones irregulares al norte de Cajamarca: Chota, Cutervo, Santa Cruz, 1924/25 a 1927*. Lima: Imprenta del Ministerio de Guerra.

- MÉNDEZ, Cecilia
1992 “Los campesinos, la Independencia y la iniciación de la República”, Enrique Urbano (Ed.), *Poder y violencia en los Andes*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas.
- MISARAY, Maribel
2007 “Abogados, profesores, estudiantes y mujeres apristas. El surgimiento del Apra en Huanta”. Huamanga: UNSCH, Documento de Trabajo.
- QUIJANO, Aníbal
1979 *Problema agrario y movimientos campesinos*. Lima: Mosca Azul Editores.
- RUIZ DE PARDO, Carmen
2005 “Rebeliones antifiscales por la sal en 1896”. En *Historias paralelas. Actas del Primer Encuentro de Historia Perú-México*. Lima: PUCP-El Colegio de Michoacán.
- RUIZ ZEVALLOS, Augusto
2001 *La multitud, las subsistencias y el trabajo, Lima, 1890-1920*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- SKOCKPOL, Theda
1984 *Los Estados y revoluciones sociales. Un análisis comparativo entre Francia, Rusia y China*, México, FCE.
- STEIN, William
1988 *El levantamiento de Atusparia*. Lima: Mosca Azul Editores.
- TAYLOR, Lewis
1993 *Gamonales y bandoleros. Violencia social y política en Hualgayoc-Cajamarca, 1900-1930*. Cajamarca: Asociación Editora-Asociación “Obispo Martínez Compañón”.
- TAYLOR, Michael
1988 “Rationality and revolutionary collective action”. En Taylor, M. (comp.), *Rationality and revolution*: 63-97. Cambridge: Cambridge University Press.
- TILLY, Charles
1978 *From the mobilization to revolution*, Massachusetts: Addison-Wesley.
- THOMPSON, Edward
1974 “La ‘economía moral’ de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII”. En *Revista de Occidente*, 133. Madrid.
- TURNER, Mark
2006 *Republicanos andinos*. Lima: CBC-IEP.
- VÁSQUEZ, Emilio
1976 *La rebelión de Juan Bustamante*. Lima: Librería-Editorial Juan Mejía Baca.
- WALKER, Charles
1999 *De Túpac Amaru a Gamarra. Cusco y la formación del Perú republicano 1780-1840*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas.

El Instituto de Estudios Peruanos (IEP) es una institución privada sin fines de lucro creada en 1964, cuyo propósito es la investigación, la enseñanza y la difusión de los estudios sociales sobre el Perú y otros países de América Latina. Las actividades del IEP se realizan y difunden a través de investigaciones, consultorías, diagnósticos, evaluaciones, seminarios, conferencias y publicaciones. Estamos seguros de que estas actividades son esenciales para la elaboración de mejores políticas públicas, el crecimiento económico con equidad, la eliminación de las desigualdades sociales, el fortalecimiento de las instituciones democráticas, así como para el reconocimiento de la diversidad étnica y cultural del Perú.

El Instituto cuenta con un catálogo de más de 600 títulos publicados en varias series temáticas, muchos de los cuales han pasado a ser lectura obligatoria en diferentes ámbitos académicos.

En esta línea, los Documentos de Trabajo (ISSN 1022-0356) constituyen una SERIE EDITORIAL dedicada a la publicación de avances de investigación o estudios breves sobre distintos temas de las ciencias sociales y humanidades.

**Antropología • Documentos de política • Economía • Educación
Etnohistoria • Estudios de Género • Historia • Historia del arte
Lingüística • Sociología y política • Talleres IEP**



IEP Instituto de Estudios Peruanos